

“UN CLARO AMANECER”

“Pera”

UN ESPACIO PARA ESPERANZA

Le robo al tiempo un espacio para hacer la tarea en mi pequeño departamento. No ha sido fácil, porque la falta de costumbre de describir el lugar donde vivo, al ser tan cotidiano, no le tomo tanta importancia y la mayoría de las veces estoy tomando un sacudidor, una escoba, una sartén. Pareciera que en este espacio vivimos más personas y solamente soy yo, partida en muchos pedacitos y siempre con el tiempo contado. Así que me he propuesto, esta noche del sábado, dedicarme a platicarles en dónde estoy, dónde habito y cómo vivo.

Estoy rodeada de todo lo que me gusta, un librero con mi literatura preferida; velas, haditas; una torre con las películas que tanto quiero; fotografías. Me llegó por Internet un correo hermoso sobre la amistad, así que decidí imprimirlo y pegarlo en la pared en forma de collage. Un cuadro modernista que pintó mi cuñado y que está hermoso, tres más que son minimalistas. Otros que no he puesto porque quiero enmarcarlos. Una mesa con la computadora, un calendario y más libros, una cajonera repleta de cosas importantes. Pero lo que más me alegra de todo esto es que soy yo, sin remilgos oficinescos, mismos que trato de dejar fuera para que se aireen y retomarlos el lunes.

La mesa de cristal redonda del comedor, es tan pequeño el espacio que la sala ni para cuándo, pero así está bien, no me gusta estar con todo en montón. Es justo lo que requiero para estar cómoda.

A pesar de ser pequeño y de tener la recámara, salita-comedor, cocineta y baño, ¡tiene tanta luz!, que son demasiadas ventanas para este espacio. Me impresiona ver cómo por las noches de luna llena el departamento se ilumina y desde la ventana veo ese plato blanco-azulino tan hermoso.

La recámara con un gran closet (fue lo que me encantó cuando vine a verlo para rentar y sus ventanas), con su cama tan cómoda que a veces me da coraje tener que dejarla a las 5 de la mañana que es cuando comienza mi día de lunes a viernes.

La cocineta, que solamente la uso para lavar los trastos y poner la parrilla para cocinar, porque sólo quepo yo y es cuando ansío tener una gran cocina, pues me gusta prepararme la comida de la semana que llevo a la oficina.

No tengo horario para escribir. Los fines de semana, cuando ya quedo en calma, es cuando acomodo mis pensamientos, como ahora que me hice el

propósito de tomar el curso de las Talladoras de palabras, un regalo para mí de parte de la vida. Así que será en fin de semana cuando retome papel y pluma para caminar de la mano de las Serenas.

En algunas ocasiones en la oficina me dar por escribir algo, pero al grito de guerra de mi jefe, tengo que abandonar la página y despertar a la realidad. Creo que falta mucho tiempo para dedicarme a lo que me gusta, así que evito pensar en los 2 años 6 meses 1 día para dedicarme a mis proyectos.

Mi nombre es María: de origen hebreo y que significa la elegida, la amada de Dios. Esperanza: de origen latín, que significa la que confía en Dios

Mis padres nos pusieron a todas las mujeres de la familia como primer nombre María. Mi segundo nombre, Esperanza me lo pusieron por mi abuela materna, a quien no conocí, pues murió joven y unos meses después que mi abuelo. Cuando miro la foto en donde están ambos, observo a dos personas sumamente atractivas, con una fuerte personalidad y me agradan mucho.

Sin buscarle más detalles, siempre he sido inquieta, todo lo analizo, todo lo organizo. En algunas ocasiones me molesta realmente ser tan independiente, porque no permito ayuda de los demás. Me creo llena de fortaleza que, cuando me tambaleo, me produce enojo. Como ven, los significados son los que encontré en Internet. Sin parecer presumida, si he sido elegida y amo a Dios con todo mi corazón, sin ser la clásica “mocha”; y a mi ángel de la guarda, que me ha librado de graves peligros, sucedidos en este edificio y en mi departamento. La armonía que logro mantener dentro de él me hace quedarme un poco más de tiempo antes de encontrar otro espacio para vivir.

Mi familia, mis amistades, suelen llamarme “Pera”, “Pery”, “Pelancha” (este último me rechoca). En la oficina me dicen “Espe” y cuando escucho Esperanza completito, significa que estoy en problemas, que algo no está bien.

Mis nombres los siento de color verde, y huelen a hierba recién cortada, como huele un árbol que está en la banqueta del frente del edificio que, cuando llueve, sus flores pequeñitas despiden un olor a fresco.

Esta soy yo, en espacio, en horario y en mis nombres.

CAMINITO A LA ESCUELA DE LA VIDA

Las palabras de mis padres fueron determinantes y ahora, con esta tarea sobre los guijarros voy a tener que sacarlas a flote aunque no quiera y no se me antoje.

Controlada en todos los sentidos, en mis sentimientos con el único objetivo de sacar a flote, y con harto trabajo, un excelente comportamiento de niña de familia delante de los adultos, los tíos, los padrinos, las amistades, vecinos, maestros, compañeros y un largo etcétera, ¡qué difícil caminito a la escuela de la vida!

“Cuidadito y hablen, griten, corran cuando vayamos a visitar a los tíos” Era llegar a casa de la tía Belem y guardar total y absoluto silencio. Ahora que miro esas fotos de mi hermana y yo sentaditas en un sillón con cara de silencio y bien portadas, me saca una sonrisa triste y una rebeldía llena de nostalgia. ¡Cómo podrían divertirme esas visitas! Buscar con ansias un descuido de los adultos para bajar las escaleras con sentadillas o resbalarnos por el barandal con la advertencia de que nos tocaría un pellizco de mosquito salvaje en cuanto finalizara nuestra aventura.

“Calla, que aún no has salido del cascarón”, me decía mi padre cuando se me ocurría opinar sobre lo que quería o no quería. Esto para mí era como una mentada de todo el árbol genealógico. ¿Cómo iba a salir del cascarón, si ellos lo protegían a toda costa? Qué doloroso tener que aprender a escondidas, y aún así me libré de la “curiosidad malsana” Todo era analizado y calculado fríamente de tal forma, que los sentimientos quedaban encerrados para evitar metidas de pata y avergonzar a la familia. Hasta que me harté y aproveché una beca para salir de casa y de la ciudad natal con una imagen impecable ante la familia y la sociedad.

“Acomédete” me significaba apoyar en todo lo posible cuando íbamos de visita a casa de familiares o amistades. Eso de “no dejes los platos sucios en la mesa, llévalos al lavaplatos” “Deja ordenado lo que te presten para jugar, estudiar, etcétera, etcétera,”. “Ayuda a esto, ayuda a lo otro aunque las personas no sean de tu familia” “Nunca llegues con las manos vacías a una reunión” Un pastel, unas flores, un regalo para la anfitriona.

Era parte de todo un protocolo enseñado por los padres, los abuelos y la descendencia. Una manera de corresponder con cortesía la invitación a tal o cual evento. Era todo un agradecer y agradecer.

“Eres la mayor y tienes que ser el ejemplo de los que te siguen”. Nada más equivocado en la vida mía. Me llamaban la corona de la familia. Ahora río, al ver que hermanas y hermanos queridos, cada quien hizo de su vida lo que se les dio la real gana aún con “mi ejemplo” Cómo sea, en ocasiones me cuesta trabajo deshacerme de ellos y más cuando no conviene por las culpas que puedo sentir.

En la actualidad, han llegado nuevos guijarros a mi vida de adulta, ya casi mayor, que amistades me han brindado poniendo también un brazo en mi hombro: “Mañana será otro día”, “siempre hay un porqué y un para qué” “No te tomes tan en serio” “Ríete con la vida” “Bájale dos rayas al drama, que no te queda” y el consabido, “Todo estará bien”. Aunque ande brincando como semilla tostándose en una paila, sonrío, levanto la cabeza que siento que pesa mucho y sigo caminando.

En la oficina, soy secretaria, asistente, enfermera, toda una “acomodada”. Aún no tengo marido, pero los jefes han sido maridos, hijos, de los cuáles ya aprendí que falta muy poco para que levante anclas y siga con otro proyecto de vida

Aun con todo, a esta edad, he aceptado tener en mi haber algunos guijarros que recuerdo con resentimiento y culpa; de haber vivido los extremos del habla y del silencio con un comportamiento rebelde y contradictorio. Algunas veces, buscando encontrarle al caminito de la vida y a mi forma de sentir, descubro que nada ha sido en vano y que siempre cosecharé un buen presente con su futuro.

Es por esto, que me ha gustado escribir mi gestación en las letras

Aún no he nacido a la vida,

me estoy gestando en la entraña de las letras,

alimentándome de la edad

y de un corazón que alberga emociones.

Caminando a la orilla del viento,

traspasando muros de ensueño

invitando al espacio para llenarlo
y derramarlo en el mar del pensamiento.

Uniendo sangre y latido
en los primeros destellos del sentir,
encontrando en el firmamento las estrellas para mi rostro
y que mire el color de la piel que se acerca.

Aprendiendo de las aves sus trinos
Para cantarle al futuro,
injertando mi ser en las raíces del roble
y que me nazcan brotes para siempre abiertos,
pintándome de arco iris para colorear el día

Sí, me estoy gestando todavía...

Ma. Esperanza Ocaña Vela

Con esto, tan mío, me gusta más escribir lo que siento, que hablarlo.

DEFENDIENDO LA SOLEDAD

“Si hubiera” Esta palabra me ronda últimamente. ¿Será por la edad? ¿Será por lo que significa sentirse y verse sin pareja en los compromisos sociales y de trabajo?

Pregunta o afirmación, es lo mismo, porque en mi caso: ¿Cómo sería mi vida actualmente si hubiera aceptado las proposiciones de matrimonio que me hicieron?

La primera a los 18 por ser conveniente para la familia y por ser el señor, un comerciante exitoso. A esa edad, cuando ya faltaban casi dos meses para mi graduación como secretaria ejecutiva, cuando tenía tanta ilusión por contratarme con una empresa y además, sentía que podía comerme el mundo a puños, casarme era un suicidio. Así que les dije a mis padres que era una locura el imaginar siquiera verme vestida de novia junto a alguien a quien en la vida había tratado. Confieso que además no era feo, sino lo que le sigue y andaba como moscón tras de mi cuando salía de la academia, cosa que en lugar de halagarme, me daba pena.

La segunda a los 35. Estaba trabajando para una empresa importante. Social y culturalmente, tenía muchas invitaciones a fiestas, conciertos, exposiciones, cine, teatro... y además tenía pretendientes. Este señor, importante funcionario, con mucha cultura, económicamente estable, estaba pasando por un proceso difícil, porque su mamá se encontraba internada en el hospital debido a un infarto cerebral, cosa que lamenté mucho, pero se le ocurre pedirme en matrimonio y querer ir hasta mi ciudad para la pedida de mano y con todas la de la ley, como yo quisiera, en donde yo quisiera, luna de miel maravillosa donde yo eligiera, con todas las promesas habidas y por haber. En el momento, cuando le respondí que para nada, que yo ni siquiera lo quería, sí, me encantaba platicar con él por ser tan culto, pero nada más, su defecto físico, “poco importaba” (secuela de poliomielitis) en comparación con irme de enfermera de su mamá, a lo cual me contestó, que a su mamá la podía mandar a Guanajuato y que su tía la cuidaría. No pues, peor tantito, me salió el apellido y lo mandé a volar con educación.

La tercera, no fue de matrimonio, pero sí de vivir juntos y después ya veremos. ¡Fatal!, porque llega después de casi 6 meses de desaparecido a

proponerme que viviéramos juntos, que ya había comprado una hermosa casa en Cuernavaca y deseaba que yo viviera en ella, que cuando llegara de trabajar, sintiera un ambiente cálido y hogareño, etcétera, etcétera, y además, que por motivos de trabajo había tenido que ausentarse. No le creí absolutamente nada y le pedí que por la puerta por la que entró, saliera. Me estuvo insistiendo hasta que me llamó para decirme que ya tenía una novia, que se iban a casar y de luna de miel a Europa, pero que si yo quería aceptar su anterior proposición, dejaba todo y regresaba. ¡Qué poca...!

La cuarta, era continuar siendo la amante de ese hombre que me gustaba tanto, y que me propuso fuera con él a la ciudad a donde lo cambiaban por motivos de trabajo, pero... también se llevaría con él a la segunda esposa con sus hijos. Obvio, cada quien en su respectivo lugar.

La compañía de los novios, la verdad, no fue relevante ni de mi total interés. Ahora estos recuerdos, tal cual, me causan alergia en el pensamiento.

¿Qué clase de mujer soy? ¿Ellos, que veían en mí? ¿Cómo me sentía yo? Lo cierto es que nunca sentí tanto amor como para seguirlos. Lo cierto es que nunca sentí pasiones desmedidas como para permanecer al lado de nadie por mucho tiempo. ¿Entonces soy una frívola e insensible hacia ellos? ¿Decreto y por lo mismo atraje a mi vida parejas que la verdad no son ni tantito interesantes para mí?

Porque sinceramente, podría pensarse que tal vez mi inclinación sexual sea gay, pero no me siento atraída por las mujeres. En alguna ocasión, hace muchos años, pensé que sería una alternativa, pero la verdad no se me antojan esos acercamientos. Yo respeto la diversidad sexual y muchas de mis amistades tienen parejas homosexuales y la verdad a mi realmente no me molesta.

Dicen que “la regué” porque pude haber tomado ventaja para obtener compañía y bienes materiales a mi nombre. Pero realmente no los quería, porque para mi eran sinónimo de derechos y obligaciones. Así que los cortaba inmediatamente y ponía distancia de por medio con muchas excusas y justificaciones, o simplemente les decía que ya tenía otra persona a mi lado.

Hoy, me siento como Penélope en el andén, sin esperar a nadie y me repito con dolor, que “más vale sola que mal acompañada”, aunque a veces quisiera voltear la cabeza hacia un compromiso, porque veo que las parejas que

conozco salen adelante entre los dos; alcanzan sus metas entre los dos. Veo que hoy, todo lo que me rodea **es entre dos**.

Yo le he apostado a la vida, a que sola puedo hacer todo lo que me propongo, a que no necesito una pareja a mi lado para ser y estar... La verdad, sí me gustaría, pero me da pánico. ¿Por qué? No lo sé.

He recibido ya dos rechazos para tramitar la visa americana, porque me dicen que no tengo lazos familiares, esposo, hijos, etcétera, que me detengan en mi país y me obliguen a regresar cuando vaya de paseo a Estados Unidos.

Me dolió tanto, no por haber perdido el pago que les hice para el trámite, sino porque ahí está mi realidad de ser sola. Viajar sola, pagarme yo mi viaje, no depender de nadie.

Aunque toda mi familia se encuentre en provincia, así como los y las amigas de siempre, sigo estando sola, porque no le doy lata a nadie, ni nadie me la da a mí. El síndrome de muégano no me va, aunque en el fondo de mi alma quisiera intentarlo alguna vez en mi vida.

ESPEJEANDO

Espejo: ¿Qué te pasa?...Tú no eras así... ¿Ya te observaste? No has sido cuidadosa. Tu vida ha sido un yo-yo. Eres una montaña rusa en todo su apogeo. ¿Estás viendo como está tu cuerpo? Aunque te pongas lo que te pongas y tapes lo que tapes, las consecuencias están plasmadas en ti desde mucho tiempo atrás y sin conciencia. Rechazándote, criticando cada espacio de ti, porque no eres como quisieras ser. ¿Te estás observando realmente?

Yo espejeada víctima: Si, claro. ¡Qué te puedo pedir que reflejes de mí! He estado desde hace tiempo aplastada, mi caminar no ha sido suficiente. La dieta comienza los lunes y logra llegar con mucho penar al viernes. Y cuando logro bajar de peso, ya estoy boicoteándome. Ir al gimnasio, ni de chiste porque no hay tiempo que alcance. Los propósitos de año nuevo los convierto en bazofia. ¿Cirugía? ni cómo hacerle, cuesta una millonada y nunca se sabe si quedará bien o deforme como muchas artistas. Mejor, así me quedo.

Espejo: ¿Qué te cuesta madrugar un poco más y salir a caminar media hora en el camellón de tu colonia? ¿Qué te cuesta bailar como trompo en tu casa al regresar del trabajo? Lo haces solamente los sábados cuando haces el quehacer y nada más. Te atiborras de cuanta gomita de grenetina encuentras. Ese, es un vicio azucarado que no te puedes quitar, está sobre todo lo comible, te he cachado cuando te aplastas a disfrutar tus películas o estás leyendo o cuando te sientas a escribir en la computadora. Ahí están todas las gomitas de colores, sabores y formas, esperando a que les des la bienvenida. Ni qué decir de los quesos de todo tipo acompañados de galletas, tortillas o pan.

Yo espejeada víctima: Si, claro, como tú no tienes depresiones, como tú no sufres de estrés crónico y colitis nerviosa, qué te importa mi sentir. Además, agrégale un jefe que está peor que marido padeciendo andropausia, una familia muy, pero muy lejana y yo pasando el trago amargo, pues por eso me endulzo un poco. Qué.... ¿estoy mal?

Espejo: Puras justificaciones que no te llevan a ninguna parte. ¿Por qué no ves más allá y decides de una vez por todas dejar de ser tan dura contigo misma? Desde que amanece hasta que anochece te estás diciendo palabrotas que serían la envidia de un carretonero. Que si el clima está horroroso y el cabello no te queda, que la ceja la delineaste chueca, miras la báscula y le mientas todo un árbol genealógico. Ves tus piernas gruesas y celulíticas y te da por pensar que, si tuvieras un serrucho en tus manos, les harías un buen corte hasta moldearlas como cuando eras joven y los novios te decían lo bonitas que tenías las piernas y la cintura. Te estoy reflejando llena de ira y tristeza, porque odias el haber dejado que tu cuerpo se pusiera así.

Yo espejeada un 1% más consciente: Si, claro, últimamente, estoy mirando lo de afuera. Sabes, estúpido espejo, hace mucho tiempo que dejé de reflejar mi interior, de ver brillo en mis ojos, en mi sonrisa, de sentir que soy la mujer alegre y feliz de antes, que me he amargado. Mi piel, a pesar de haber heredado tersura y no tener una sola arruga al grado de no aparenta mi edad, no la tomo en cuenta, sólo miro el desgaste y la gravedad que se acuna cada vez más en mi cuerpo.

Espejo: 1% de conciencia, vas mejorando, Luego, ¿qué sigue?

Yo espejeada 10 horas más tarde: Espejo, quiero acción en mi camino, después de la operación de mi pie, no me detendré delante de ti para mirarme con coraje y lástima, llena de incongruencias.... No quiero volver a escuchar que el electrocardiograma ha mostrado un corazón lento por no activarlo, por no llenarlo de vida amorosa y física. Por pensar que solamente las mujeres con cuerpos esbeltos y bellos tienen derecho a amar y tener sexo, que las “llenitas” como yo, deben esconderse, dejar de sentir y de pasear desnudas por su casa. Quiero volver a hacerlo, tal vez no como en mi juventud, sino siendo una mujer con madurez mental espiritual y física, llena de hermosos proyectos para volver a reflejarme en mi espejo sin vergüenza.

UN RAYO DE SOL EN MI CAVERNA

Es doloroso que, a estas alturas del camino, remueva recuerdos del por qué no tuve la hermosa dicha de ser madre, pero tengo que hacerlo para limpiar la sangre que me corre por las venas y las culpas que no me han dejado estar en paz conmigo misma.

Cuando salí de provincia con 24 años, todo lo que veía delante de mí, era un mundo nuevo. Llena de ilusiones y con mariposas en el estómago, miré a mis padres despedirme en la terminal de autobuses, con una maleta y dos cajas llenas de libros de música.

Nunca tuve miedo, sentía que nadie ni nada podría lastimarme, era fuerte, llevaba dentro de mi mente y corazón los consejos de mis padres y los valores inculcados bien enraizados. Sí, un hueso muy duro de roer por haber vivido la experiencia de mi segunda hermana, que fue madre a los 15 años y que me dolió en el alma, partiendo en dos pedazos mi ser, porque en mis inocentes 16, sin saber nada sobre vida sexual, sobre como nacían los niños y mucho menos por dónde. Gracias a la vida pude entrar a un hospital como voluntaria en urgencias para aprender todo lo relacionado a partos y, con la ayuda de una conocida que me ayudó a entrar a mi primer parto y fui aceptada por los médicos que estaban en servicio, pude presenciar el milagro del nacimiento. Ahora sí nadie podía mentirme de que a los niños los traía la cigüeña.

Sin embargo, en una parte de mi ser, construí una caverna terrífica, un agujero negro y profundo, tan impenetrable al que yo le llamaba “nu-nu” Así entendía la palabra NO, NO cuando de pequeñita, para evitar que yo me tocara cuando me cambiaban me decían, no recuerdo si la nana o mamá. Lo saqué de las profundidades de mi subconsciente porque creo que así le llamaba a mi vórtice.

Al pasar los meses, ya en esta enorme ciudad, soñaba con quitarme lo que para mí sentía en ese entonces era un lastre, un gran estorbo: la virginidad. Tenía mucha curiosidad y además sentía que era prioritario para sentirme “mujer madura y muy interesante” Opté por prepararme para mi primera vez. Y me dije, justificando, “si hay algo correcto en este mundo, es aprender a respetar a la naturaleza y darle lo que está pidiendo”.

A los 26 años tuve mi primera relación sexual. ¡De Ripley! ¿Verdad? ¿Por qué tan tardía? Tan simple y claro como el agua. Siempre analizando y cuidando que la “sociedad” no pensara nada malo sobre mí, cuidando el prestigio y reputación del apellido. Bien decían las tías metichotas “cuidadito mi’ja, recuerda, pueblo chico, infierno grande”

Llegó a mi camino un chico encantador, guapísimo, recuerdo que mis amigas lo veían venir por mí y me decían: “ya llegó el guapo” Desde luego, mis maestros le pasaron revista y cantaron dos advertencias: Qué venía desde muy lejos a dedicarme a mi carrera y no a distraerme en noviazgos, que tenía un brillante futuro y me advertían a cada momento que tuviera mucho cuidado y evitara desbocadas y locuras ahora que no estaban mis padres.

Este chico, obviamente, al darse cuenta de que yo era casta y pura, me dijo que mejor nada de nada, solamente de la manita, aunque quería sexo sin compromiso alguno. Él fue para mí como un sueño. Me habló claro y me dijo que estaba en un programa de 24 horas de AA y estaba consciente de no estar preparado para ninguna relación sentimental formal. En mis adentros cavernosos, di por hecho que si yo no fuera virgen, si me querría y me haría conocer por primera vez el placer de hacer el amor. Toda romántica, curiosa y enamorada ilusa, maquiné un plan, no podía perderlo por una estúpida virginidad.

Escurrizadamente busqué y encontré a alguien idóneo para romper de una vez por todas los tabúes. Yo era teoría sexual ambulante, con sueños guajiros. El suponer cómo serían dos cuerpos desnudos abrazados toda la noche, escuchando música romántica como en las películas, sintiendo que algo increíble me llevaría al mismito paraíso.

Esa noche, llena de emoción, esperé a que llegara el elegido y con la planeación perfecta del método de los días no peligrosos, como los llamaban mis amigas, logré mí cometido con mucho dolor y absolutamente nada de placer. Tenía sentimientos encontrados. Mi mente, muy feliz porque logré quitarme ese “pendiente”, en mi interior un vacío extraño. No había a quien preguntarle con qué se quitaba esta sensación. Sentía vergüenza, pero no me arrepentía, que era peor aún, y con la educación moralista que me rondaba, ¿qué demonios iba yo a saber lo que era la autoestima. Sabía de los valores inculcados, de la

religión, del pecado, de obrar mal y el castigo que vendría de Dios por portarme mal.

Pasó el tiempo y el primer Romeo me llamó en dos ocasiones para ver cómo estaba, nos pusimos de acuerdo para encontrarnos después de una función del coro en el que yo participaba y que la causalidad hizo que fuera en la ciudad en donde él vivía. Fue lindo, me encantó verlo parado esperándome con un arreglo floral, afuera del teatro. No era necesario revivir una relación sexual, porque al decirme que ya se había casado ya no me agradó tanto y recordé la sensación de vacío que me duró mucho tiempo. Así que cada quien tomó su camino.

Cuando volví a encontrarme con el chico guapo, llegué a sus brazos a dormir nada más porque me sentía sucia, aunque le dije que ya no era virgen y que ahora sí podíamos tener una relación más estrecha. Pero antes le pedí que fuéramos al ginecólogo para que nos preparáramos adecuadamente, pasarla bien y sin preocupaciones. Siempre cuidada y atendida para no quedar embarazada. Nuestra relación no fue tan larga, tan sólo dos años porque desapareció 6 meses, y cuando regresó con la propuesta de vivir juntos en la casa que compró para los dos, no le creí y lo despedí. Después insistió diciendo que, si yo aceptaba, dejaría a su actual novia con quien ya pensaba casarse. Lo mandé aún más lejos.

Con los siguientes novios fue exactamente igual, muy cuidada para evitar cualquier imprevisto que me hiciera salir de mi camino. En una ocasión creí estar embarazada y solamente fue un retraso muy doloroso. ¡Qué bueno!, porque intuía que me quedaría sola. Supe que era un hombre casado y cuando le dije que era probable que estuviera esperando un bebé, desapareció y nunca más supe de él.

Otra de las cosas que observé de mis amigas cuando tenían bebés, fue que ya no podían salir como antes y me hice a la idea de que tenía que cuidarme más. En esos años era muy mal visto que una chica fuera madre soltera. El ejemplo de mis padres siempre fue “niño o niña con papá y mamá” No podía imaginarme con un bebé en brazos.

Pasaron los años y en una ocasión mis padres vinieron al Distrito Federal por cuestiones de salud. Papá tenía que ver a un oftalmólogo que le recomendaron, así que fueron al departamento donde vivía. Quedé tan

sorprendida cuando él, delante de mamá, me dijo “Hija, no te quedes sola, ten un hijo” En este momento que lo escribo, me pregunto, después de tantos años, si papá estaba muy preocupado porque vivía sola y le dolía más a él que a mí que antepusiera a mí ser mujer y al instinto maternal una vida de trabajo e independencia a mis 30 años. Tal vez creyó que un hijo o hija podía hacer de mi vida algo increíblemente maravilloso o que por fin pondría los pies en la tierra y la hija mayor les daría una nieta o nieto o hasta gemelos, porque mi abuelita era gemela. Sólo Dios sabe que sería, porque para sus convencionalismos y tradiciones familiares, eso era una locura y ni pensarlo cuando era adolescente.

Nací cuando mi padre tenía 48 años y mamá 29, una gran diferencia de edades. Pero en las fotos que tengo están sonriendo con tanto amor, que me causan una gran admiración. Le siguieron después de mí 6 hijos más y dos que quedaron el camino. Además cuidaron con esmero a tres hijos más, apoyando a una de mis hermanas y convirtiéndose en hermanos nuestros.

Mi padre se fue a los 90 años. Su enfermedad se lo llevó poco a poco. Estuvo esperando a que me casara y tuviera familia, que en mi casa estuviera un cuadro de los que dejó a mamá para aquellos hijos que tuvieran ya un hogar. Recuerdo muy bien que, cuando estaba en las últimas, preguntaba por mi esposo, un rico banquero. ¡Qué ternura! En su delirio, me colocó en los brazos de un compañero ideal para irse tranquilo. Ahora, desde donde está, sabe que su hija prefirió la soltería y el no ser madre para evitarse el penar y sufrir que tuvieron ambos al criarnos, educarnos a tantos y vernos volar a cada quien por el camino que nos buscamos.

Solamente puedo decir que la vida laboral, desde hace aproximadamente 10 años, ha sido como dice la canción, el eje de mi carreta. He dejado a un lado mi vórtice, mis sensaciones, la menopausia llegó hace algún tiempo y con ella la pérdida de deseo. Violé una y otra vez mis sentimientos. Dormí todo aquello que significara placer porque nunca lo sentí como me lo imaginé.

Decirme hasta hace unos días, que he sido castigada por cuidarme tanto para no quedar embarazada. Tanto así, que no me fue concedido el milagro de acunar entre mis brazos a un ser maravilloso nacido de mí, para arrullarlo con canciones de cuna como recuerdo lo hacía con mis hermanos más pequeños, y siempre llorando, algo que aún no he podido explicarme es el por qué de ese

sentimiento raro. Espero algún día atreverme a entrar a esa caverna, por ahora, no sé que me pasó.

Dice el refrán que a la mujer a la que Dios no le dio hijos, le dio sobrinos para que se recreara como tía-madre. Hoy confieso que quise adoptar esta frase como recurso para cuando me pensione y tenga tiempo libre para ayudar a cuidar a los sobrinitos. ¡Eureka! Eso no será posible, porque ya me “cayó el veinte” La aceptación de mi ser mujer que tiene que hacerse responsable de si misma para no andar acomodando su vida sentimental en otros hogares, ni permitir que dentro de mis actividades laborales promueva y facilite el acomodo de los asuntos familiares de mi jefe en mi camino. Esto va a ser algo difícil, porque me descubro como una co-dependiente de resolverle situaciones y haber estado a su lado en sus procesos difíciles como si yo fuera una aspirina.

Voy a darme la oportunidad de encontrarme y abrir nuevamente mi corazón que ha estado cerrado y escondiéndose por tantos años, culpándose una y otra vez por un pasado de novios y amantes sin ningún compromiso, sin lazos afectuosos, buscando a toda costa una independencia mal entendida y llena de errores que, a mi pesar, no me ha hecho crecer con alegría ni ha iluminado mis cavernas.

Ahora que me miro, no se cómo comenzar. Tal vez en mi despertar, pueda arrullar con amor y una canción de cuna a la niña que llevo dentro de mí. Pudiera ser un buen comienzo.

ME DECRETO...

Cuántas veces he escuchado “cuidado con lo que pides”, “cuidado con las palabras que externes”, todo tu yo se conjugará para lograr o no tus sueños y metas. Los sueños, sueños son. Cómo recuerdo también esa frase hasta el hartazgo de “A que le tiras cuando sueñas mexican@”

El asunto es organizarse y plantarse en la realidad. Soñar me ayuda pero me significa peligro porque ya me he quedado en puro sueño y en puro plan. Tan simple como decirme: el lunes comienzo todo. Vuelo alto, tan alto que el trancazo de la caída es muy doloroso cuando no acepto que soy digna de tener éxito.

Ir hacia la cumbre me ha significado mucho trabajo, me ha puesto a llorar, me ha puesto a gritarme a mi misma que nada es imposible, pero sin grabarlo en mi corazón y en mi mente. Me ha deprimido en muchas ocasiones, me he acostado llorando y me he levantado llorando.

Quería cantar, pues canté, tuve los mejores maestros, oportunidades que se fueron para estar en hermosos escenarios y con gente que me dejaba con la boca abierta de tan solo escucharlos cerquita de mi, invitaciones a estudiar en otro país. Peor tantito, faltando 5 años para terminar la carrera, me desplomé.

No estaba dispuesta a aceptar tener una precaria situación económica. Mi pretexto, mi justificación para no alcanzar la meta fue: “Tengo voz, pero no vocación” No me acabe los sermones y regañadas de cómo era posible que no continuara y prefiriera ponerme a trabajar y cuando me quedara un tiempito libre continuar la carrera en turno vespertino. ¿Qué cómo me veo? ¡Una cobarde consumada! Una miedosa cuando el éxito se asoma. Podría ponerme muchas etiquetas al recordarlo y cuando veo las fotografías. Con esto he tenido que lidiar todo el camino al grado de no querer, a veces, ver a mis excompañeros, porque ellos han seguido a pesar de todo, son exitosos porque han perseverado.

Cómo organizar un sueño. ¿Se puede? Una meta si la puedo organizar, hasta ponerla en colorcitos para que me den más ganas de alcanzarla.

Me dí a la tarea de hacer una tarjeta, que tengo a la vista en mi librero, dirigida a mi mente y a mí espacio y tiene escrito al frente:

Tiempo y Meta

Presente

Tiempo, porque es lo que estoy recorriendo hacia mis 60 años y Meta porque estoy forjando en mi pensamiento y en todo mi ser una tarea maravillosa, que requiere de disciplina, organización, perseverancia y estudios de mercado. Presente porque así la quiero para los próximos años, porque en esa tarjeta, están escritos los años 2012, 2013 y mediados del 2014. Sí, es una meta a largo plazo y que está en un camino que he estado construyendo durante 40 años. Antes no sabía para qué o quién sería este camino, ahora que ya están cerca los tiempos, me miro ahí, inaugurando mi propio negocio, una librería infantil. Ya huelo los libros y los juguetes didácticos, ya veo el lugar dividido en 4 partes, cada una con su especialidad, veo el sitio lleno de pequeñas y pequeños con sus familias disfrutando del espacio tanto como yo.

“Para que te vas a meter en broncas”, “ya trabajaste mucho”, “mejor disfruta de tu tiempo y vete a pasear”, “por Dios, inscríbete a cursos, duerme un poco más”, “agarra la onda, que para tu sueño se requiere tener dinero y más dinero, mejor bájale a tus ínfulas de mujer maravilla y pon los pies en el piso”.

¡Hija del boicot!... Esa mente, esa mente que quiere verte desplomada en tus planes y sueños.

Todo esto ha estado gestándose al ver como la televisión, la computadora y las famosas ligas sociales, los juegos y tantas cosas más, atan a los chamacos a todo lo que sea una pantalla y los vuelve adictos la tecnología. Está bien, es correcto, todo tiene que ir avanzando, qué maravilloso tener todo para ser mejor cada día. Por ejemplo, ver que el niño que conocí cuando tenía 3 años, ahora de 6, maneja con una facilidad increíble toda esta tecnología, que se ha reído de mí sin misericordia cuando no puedo resolver algo y corro al café Internet de su papá para resolver mis dudas sobre algo de mi computadora y me escucha.

Recuerdo a mi padre como un ávido lector. Tenía libros de todos los temas, suscripciones de revistas de aquel entonces que eran maravillosas y las cuales leía todo el tiempo que podía. Nos compraba a sus hijos libros que en la actualidad no he visto más. Siempre nos insistió en dos cosas: estudiar inglés, leer y leer, estudiar y escuchar música de todos los géneros, sobresaliendo ante todo la buena música, como él le llamaba a las obras de compositores barrocos, clásicos, románticos, renacentistas, etcétera. Los libros fueron muy importantes para él y también el escribir.

Mentiría si digo que leo un libro por semana y que conozco a todos los autores. Son dos al mes y si puedo tres. La distancia de casa al trabajo e inversa, siempre y cuando encuentre espacio para venir sentada, me permite leer en el trayecto y me da gusto ver que todos los pasajeros venimos leyendo.

Pocas veces escucho comentar un libro a la hora de comida o en alguna reunión entre mis compañeros de trabajo, ya no se usa eso en las oficinas ¿verdad? O es que estoy en el camino equivocado.

Cuando llego a alguna librería, quisiera comprar todos los libros que veo, esto me da una sensación de libertad. Mirar todos esos libros infantiles que, si no los promueven con grandes campañas publicitarias, tal vez se quedarían en los estantes. Quiero que los papás lean y sus hijos lean y los hijos de los hijos también y que encuentren en los libros mundos maravillosos.

Hoy por hoy, ya no tengo tanto miedo, voy a educarme, voy a verme como una mujer exitosa y emprendedora, no quiero esconderme y dejar de practicar lo que ha sido un deporte favorito: “boicotearme” cuando ya casi alcanzo la meta.

No importa si me siento cansada algunos amaneceres, quiero aceptar que habrá de todo en este camino, que el maestro llega cuando la discípula está preparada. Entonces, ya me estoy preparando y quiero hacerlo con amor y cuidándome.

Dejar de ser tan dura conmigo misma es otra de las cumbres que quiero alcanzar, suavizar las facciones de mi rostro para sentirme atractiva y encontrarme con esos ojos que quiero que lleguen pronto.

Me estoy decretando, le doy la bienvenida a otro escalón.